

la gratitud de español hecido, por vuestra labor hispana y con la fraternidad de un hispano a un filipino:

lleva hasta la Peña Hispano-filipina el influjo que en mi corazón dejaron las palabras cálidas de amor, que un compatriota nuestro, y nuestro por hispano, ara hace unos días al éter por ondas de la Radio Nacional de Manila, y que llegaran a los hogares hispanos para ser recibidas con amor, en éstos, en esa hora del día en que tantos problemas hispanos se debaten en torno a Manila, como tradicional costumbre hispana. Mas callaron de repente las voces que hablaban en torno a la mesa, ¡Filipinas, la hispano-filipina y más querida por su amor más lejano, estaba hablando.

Y a todos los corazones españoles, que aquella hora estaban escuchando la radio, les llegaba la voz de aquel filipino que les hablaba de la necesidad de mantener el contacto hispano, y de los muchos obstáculos que surgían para la defensa de la ley del Presidente Quirino que fortalece la permanencia del idioma hispano en suelo filipino; haciendo con ello a tantos hispanos que sentían el deseo de poseer el idioma de sus antepasados. Para ello iban y van los hispanos de las provincias hasta la capital de Manila.—nos seguía escuchando la voz filipina, que estaba hablando para todas las emisoras hispanas y por consiguiente para toda la nación—El beneficio en favor de los filipinos prestado por las organizaciones privadas hispanas era inmenso.

Antes que el hermano filipino quien estaba escuchando hablara como a continuación lo haría—la Peña Hispano-filipina cuya existencia hispana ya conocía recibir, por inmerecida atención. Don Bienvenido de la Paz—a quien quiero transmitir la reiteración de mi gratitud—"La Voz de Manila", ya pensé yo en vuestra organización cuyo nombre menciono así como los de otros muchos hispanos, "Campeadores Hispánicos", —y me parecía mejor empleado el calificativo, cuyos apellidos no es necesario decir, para quienes ya les conocemos aunque no sea más que como un modesto servidor a través de las columnas de un periódico. Pero un periódico en castellano y dirigido por Don Bienvenido de la Paz.

Las palabras de aquel filipino, del cual ignoro su nombre, pero cuyas palabras recordaré siempre decían primero de su misión en España en busca de maestros por la necesidad de estos Apóstoles en la patria de Rizal, para la enseñanza del castellano. Más tarde dirigió una llamada a todos los hispanos para que, según su alcance aportarían su grande, mediana o pequeña cooperación en la batalla por el idioma hispano en la más joven de las hijas de España: Filipinas.

Y ante esta llamada de un filipino a todos los hispanos, todos éstos en uso de su razón y consciencia de sí, sintieron ensancharse sus corazones y palpar con más intensidad ante el júbilo de aportar algo a la revalorización del idioma que sus antepasados llevaron a aquellas islas que España conquistara, evangelizara y bautizara con el nombre de uno de sus más grandes reyes.

Y con la idea de aportar un libro, una revista, etc., que nada representa aisladamente y tanto puede ser en conjunto, yo me dirijo a ese núcleo hispano-filipino para comenzar la cooperación con la unidad y ésta con el contacto, contacto material, pues espiritualmente ya estamos en contacto, y bien puede comenzar ese contacto por el conocimiento de la Peña Hispano-filipina en la Hermandad de Campeadores Hispánicos y de ésta organización en aquélla.

¿Qué es la Hermandad de Campeadores Hispánicos? Trataré de explicarlo. Es una organización popular hispana con la finalidad de acercar entre sí a los pueblos hispanos, colaborando con la aportación moral y cultural, comunicativa de contacto que ahora se podría lograr entre la Peña Hispano-filipina y la Hermandad de Campeadores Hispánicos, para bien de ambas.

La H. C. H. es una organización independiente, popular y juvenil; llevada, no de la mano, pero sí del corazón de un hombre íntegro hispano, Don Rafael Gil Serrano, maestro nacional hispano. Nacional hispano; todo lo hispano por nacional y toda la Hispanidad por nación. Cuanto dice ya está en favor de D. Rafael Gil Serrano.

¡Y es maestro! Ahora que se piden profesores de español en Filipinas, cuánto podrían representar el corazón, la voluntad y el ejem-

A los que padecen tristeza del bien ajeno y los presuntuosos, con toda caridad.

El tipo de la humana especie más execrable y ruín en este mundo lo forman esos entes miserables, enfermos de la asquerosa lepra moral conocida por tristeza del bien ajeno.

Estos seres anormales y absurdos constituyen esa calaña de infames desposeídos de todo sentimiento noble y honrado, los viles y cobardes que, en su rabia impotente por sentirse incapaces de verse en el nivel de éxito que alcanzan por medios honrosos y por su noble esfuerzo aquellos a quienes aborrecen, impelidos por su instinto satánico y salvaje, apelan al torpe recurso que dicta su baja animalidad, ya recurriendo al anónimo, arma y escudo favorito de tales espíritus entecos y rastreros, o bien tirando la piedra y escondiendo la mano. Son los capaces de asestar una puñalada por la espalda, cuando menos se piensa.

La presuntuosidad o el orgullo es otra enfermedad moral no menos condenable que la envidia. Los presuntuosos son unos tipos que se creen poseídos de superioridad en bienes materiales, físicos o intelectuales, y que miran, por eso, con olímpico desdén a sus semejantes.

Es el primer pecado capital de los siete que señala la Doctrina Cristiana; el pecado de Luzbel, el ángel soberbio que se reveló contra Dios y que fué precipitado a los abismos eternos.

Los que padecen de este mal del espíritu, de la presuntuosidad o el orgullo, pertenecen igualmente al grupo de seres anormales e incompletos. Porque la envidia y el orgullo no tienen cabida en una cabeza bien sentada, en un corazón depurado de vil escoria.

Empavonados, muy pagados de sí mismos, con la frente erguida, los presuntuosos suelen mirar con desprecio soberano y compasiva ironía a los que creen que son inferiores a ellos.

En América, ese país inmenso que se halla actualmente en el zenith de su grandeza material y espiritual, son casi desconocidos la envidia y el orgullo. Contra los presuntuosos ni siquiera protestan los americanos: los ignoran, sencillamente, castigándolos con el castigo del aislamiento.

Infelices transgresores de la Ley Divina: Que Dios os ilumine, regenere y perdone. Recordad la regla de oro de Jesucristo: AMA A TU PRÓJIMO COMO A TI MISMO. Practicad la ley del amor y de la caridad. Evitad la murmuración y la maledicencia. La caridad, reina de las virtudes, ni siquiera sospecha, según San Pablo. Los murmuradores, según este Apóstol de las gentes, los que tienen mala lengua, la lengua viperina de la calumnia, no poseerán el reino de los cielos.

Y vosotros, los presuntuosos y soberbios, que cometeis el delito nefando de Satán, recordad asimismo que los soberbios y altivos son humillados a la larga; que la humildad vence el cielo, como bien dijo Sta. Teresa de Jesús, y que los mansos y humildes de corazón serán bienaventurados, como aseguró Jesucristo en el Sermón de la Montaña, porque verán y poseerán a Dios.

¡Temed, oh envidiosos y presuntuosos, el juicio del Eterno, el fuego de la Eternidad!—

Un Legionario de María.

plo de este hombre en vuestra República de Filipinas.

Esperando vuestra contestación que ponga en relaciones a la P. H. y a la H. C. H. me despido con un hasta siempre.

(Firmado;)

Antonio Pérez Aldehuela
c/ Alvarado No 19 Madrid.
España

Los antiguos no sospechaban la existencia del vapor de agua. Sus efectos los atribuyeron al aire y creían que el agua tenía la propiedad de transformarse en aire.

—) (—

No busques amigos ni en una clase superior ni en una inferior a la tuya.